

ce voyage; nous l'avons appris par des lettres particulières. Quel est le but de cette course? je ne puis pas l'imaginer. Pourvu que l'empereur ne se laisse pas encore aller à quelque démarche hasardeuse qu'on exigera de lui! Enfin, mandez-lui toujours tout ce que je vous mande dans l'autre page. Je finis pour ne pas trop grossir le volume. Adieu.»

Du 26 août.

«Voici ma lettre encore recommencée; mais pour cette fois-ci j'espère qu'elle vous arrivera sûrement. La personne qui veut bien s'en charger, a trouvé aussi des moyens de me faire tenir vos réponses; il vous en écrira. La journée d'hier (25 août, fête du roi) s'est passée comme toutes celles que nous passons depuis deux mois, et dans un silence de la part du peuple vraiment affligeant. C'est la semaine prochaine qu'on doit apporter au roi l'acte constitutionnel. Le rapport que j'ai lu, et que M. de Beaumetz doit faire devant l'Assemblée, est un tissu d'insolences et d'éloges pour l'Assemblée. Ils ont mis la dernière main à leurs outrages en donnant une garde au roi. Il n'est plus possible d'exister comme cela; il ne s'agit pour nous que de les endormir et de leur donner confiance en nous, pour les mieux déjouer après. Il est impossible, vu la position ici, que le roi refuse son acceptation; croyez que la chose doit être bien vraie, puisque je le dis. Vous connaissez assez mon caractère pour croire qu'il me porterait plutôt à une chose noble et pleine de courage; mais il n'existe point à courir un danger plus que certain. Nous n'avons donc plus de ressource que dans les puissances étrangères; il faut à tout prix qu'elles viennent à notre secours; mais c'est à l'empereur à se mettre à la tête de tous et à régler tout. Il est essentiel que, pour première condition, il exige que les frères du roi et tous les Français, mais surtout les premiers, restent en arrière et ne se montrent pas. Je vous assure que les choses sont à un point aujourd'hui, qu'il vaudrait mieux être roi d'une seule province que d'un royaume aussi vicié et désordonné que celui-ci. Je tâcherai d'envoyer, si je puis, des notes à l'empereur sur tout ceci; mais, en attendant, mandez toujours ce que vous croirez nécessaire pour bien lui prouver qu'il n'y a plus de ressource qu'en lui, et que notre bonheur, notre existence, celle de mon enfant, dépendent de lui seul, et de la prudence et célérité de ses moyens. Adieu.»

«Je n'ai point reçu les opinions des chefs, comme je vous l'avais annoncé. Ils se restreignent toujours dans des idées vagues, et ont l'air de craindre de s'engager.»

(L) pág. 450

EL TERROR.

Chateaubriand censura á los escritores fatalistas, que justifican el Terror. — Todo lo que puede hacerse con la violencia (dice) puede conseguirse con la ley: el pueblo que tiene la fuerza suficiente para desterrar, tiene también la fuerza suficiente para obligar á la obediencia sin necesidad de acudir á la proscripción, si alguna vez es permitido faltar á la justicia bajo el pretexto del bien público. Ved á lo que esto conduce: hoy sois fuertes, y estáis matando la libertad, la igualdad, la tolerancia; mañana seréis débiles, y os matarán con la servidumbre, con la desigualdad y con el fanatismo. Y entonces ¿qué tendréis que decir? Érais un obstáculo á lo que se quería, y era preciso quitaros de en medio; triste necesidad sin duda; pero necesidad al fin: estos son vuestros principios; palpád ahora sus consecuencias. Mario derramaba sangre en nombre de la democracia, Sila en el de la aristocracia; Antonio, Lépido, Augusto, creyeron conveniente diezmar las cabezas de

los que soñaban aun con la libertad romana. No condenemos á los degolladores de la noche de San Bartolomé; se veían obligados (seguramente á pesar suyo) á obrar así para llegar á su objeto.

No han muerto, dicen, mas que seis mil víctimas condenadas por los tribunales revolucionarios. ¡No son pocas! Pero véamos lo que dicen los números.

El primer número del *Boletín de las leyes* contiene el decreto que instituye el tribunal revolucionario, disponiendo que la única pena que pueda imponer este tribunal sea la de muerte. El artículo 9º autoriza á todo ciudadano á detener y llevar ante los magistrados á los *conspiradores y contrarrevolucionarios*. El artículo 13 dispensa de la prueba por testigos, y el 16 priva de defensores á los *conspiradores*. En este tribunal no había apelación. Esta es la gran base en que fundamos nuestra admiración.

El republicano Prudhomme, que no odiaba la Revolución, y que escribió cuando la sangre estaba aun caliente, nos dejó seis volúmenes de particularidades, dos de los cuales son un diccionario donde cada *criminal* está colocado por orden alfabético, con su nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesión, fecha y motivo de la condena, día y lugar de la ejecución.

Entre los decapitados, se cuentan 18,613 víctimas en esta forma:

Ex-nobles varones.	1,278
— mujeres.	750
Mujeres de cortesanos.	4,467
Religiosas.	350
Sacerdotes.	4,135
No nobles de varios estados.	13,633

Total. 18,613

Ademas mujeres muertas á consecuencia de partos prematuros. 3,400

— en cinta ó de sobreparto. 348

— muertas en la Vendée. 13,000

Niños 22,000

Hombres 90,000

Víctimas bajo el proconsulado de Carrier en Nantes. 32,000

De las cuales fueron fusilados, niños.

— ahogados. 1,500

Fusiladas mujeres. 264

— ahogadas. 500

Sacerdotes fusilados. 300

— ahogados. 460

— nobles. 1,400

— artesanos. 5,300

Víctimas en Lyon. 31,000

En este cálculo no se incluyen los que fueron muertos en Versalles, en los Carmelitas, en la Abadía, en la Nevera de Aviñon, los arcabuceados en Tolon y en Marsella despues de los sitios de aquellas dos ciudades, y los degollados en la pequeña ciudad de Bedoin, cuya población pereció toda. En cumplimiento de la ley de sospechosos de 21 de setiembre de 1793, se establecieron en toda la nación mas de cincuenta mil comités revolucionarios que costaban 591 millones al año: cada miembro recibía 3 francos diarios, y eran 540,000, es decir, 540,000 acusadores que tenían derecho de condenar á muerte. Solo en Paris había mas de sesenta comités revolucionarios, cada uno de los cuales tenía una prisión para los sospechosos.

El girondino Rionffe dice en las *Memorias de un detenido*: «Las mujeres mas bellas, mas jóvenes, mas interesantes, perdían toda su belleza en este infierno (la Abadía), del cual solo salían á docenas para inuntar con su sangre el patíbulo. Podría decirse que el gobierno estaba en las manos de aquellos hombres depravados, que no contentos con insaturar al sexo débil con deseos monstruosos, le consagraban

un odio implacable. Muchas jóvenes en cinta, otras de parto, y otras en el estado de debilidad y palidez que sigue á este gran acto de la naturaleza, respetado por los pueblos mas salvajes; otras cuya leche se había retirado de repente por el terror, ó porque habían sido arrebatados de sus senos sus queridos hijos, iban de noche y de día á ser precipitadas en aquel abismo. Eran arrastradas de prisión en prisión con sus débiles manos oprimidas por indignas esposas, y algunas hasta con cadenas de hierro; entraban unas desmayadas, llevadas del brazo por insultantes carceleros, y otras aturdidas y como atontadas. Especialmente hacia los últimos meses (antes del 9 de temidor), era aquello la actividad del infierno; día y noche estaban los cerrojos en movimiento; por la noche llegaban sesenta personas destinadas al suplicio, y al día siguiente eran reemplazadas por otras ciento á quienes esperaba la misma suerte al otro día.

» Catorce jóvenes de Verdun de un candor sin igual y vestidas como vírgenes adornadas para una fiesta pública fueron llevadas juntas al patíbulo. Y desaparecieron todas á un tiempo arrebatadas en su primavera. La cárcel de mujeres tenía al día siguiente de su muerte el aspecto de un jardín, cuyas flores había arrebatado el huracán. Yo no he visto nunca entre nosotros una desolación semejante á la que produjo aquel acto de barbarie.

» Veinte mujeres del Poitou, pobres campesinas la mayor parte, fueron también asesinadas á un tiempo. Aun me parece que estoy viendo aquellas víctimas desgraciadas, esparcidas por el patio de la cárcel, cansadas por los trabajos de un largo camino, durmiendo sobre las piedras... En el momento de marchar al suplicio, fué arrebatado del seno de una de estas infelices un niño de teta que estaba mamando una leche cuya fuente debía secar muy pronto el verdugo. ¡Oh! ¡qué agudos fueron los gritos del dolor materno! Pero no produjeron ningun efecto... Algunas murieron en la carreta y fueron guillotinas sus cadáveres. Yo he visto, pocos dias antes del 9 de temidor, algunas mujeres llevadas al suplicio, habiéndose declarado que estaban en cinta... Y estos son hombres, son Franceses, á quienes los filósofos mas elocuentes están predicando hace 60 años la humanidad y la tolerancia.

«... Se había cavado un túnel bastante capaz en la plaza de San Antonio para que diese salida á la sangre. Digámoslo por horrible que sea; todos los dias se sacaba la sangre á cubos y estaban ocupados cuatro hombres durante las ejecuciones en darla curso por el canal.

» Allí, á las tres de la tarde, una larga procesion de víctimas bajaban al tribunal, atravesaban lentamente largas bóvedas en medio de los carceleros que se formaban en fila para verlas pasar con una avidez sin ejemplo. Yo he visto dirigirse al suplicio á cuarenta y cinco magistrados del parlamento de Paris y treinta y tres del de Tolosa con el mismo aspecto con que otras veces aparecían en público: he visto á treinta recaudadores generales marchar con paso tranquilo y firme; á los veinticinco primeros negociantes de Sedan, que caminando hacia la muerte compadecían á los diez mil operarios que dejaban sin pan. Yo he visto á Baysser, el terror de los rebeldes de la Vendée, el mejor guerrero de la Francia; he visto á todos aquellos generales á quienes la victoria había cubierto antes de laureles, que se cambiaron de repente en cipreses; y por fin, he visto á todos aquellos soldados tan jóvenes, tan fuertes, tan vigorosos... caminaban en silencio... solo sabían morir.»

Prudhomme acaba de trazar este cuadro. La mision de Le Bon en los departamentos de las fronteras del Norte puede compararse á la aparición de esas negras furias tan temidas en tiempo del paganismo. En los dias festivos la orquesta estaba colocada al lado del patíbulo, y Le Bon decía á las jóvenes que estaban

presentes: *Seguid la voz de la naturaleza; abandonad en los brazos de vuestros amantes*. Su guardia la componían niños corrompidos que espaban á sus padres. Algunos se ensayaban en guillotinas pequeñas divirtiéndose en guillotinar pájaros y ratones.

«Sabido es que Le Bon, despues de haber contaminado á una mujer que se había entregado á él para salvar á su marido, hizo dar muerte á este en presencia de su esposa, á la cual no quedó mas que el horror de su sacrificio. Y estas atrocidades se repitieron tanto que sería imposible numerarlas.

» En Nantes se distinguió Carrier. Cerca de ochenta mujeres fueron sacadas del depósito y llevadas al campo de sangre, y despues de fusiladas las desnudaron quedando sus cuerpos expuestos por tres dias. Cinco niños de ambos sexos, de los cuales el mayor tenía catorce años, fueron llevados al mismo sitio para ser fusilados. Nunca se ha visto un espectáculo mas horroroso: su corta estatura libró á muchos de las balas; rompieron las cuerdas que los ataban y penetraron entre las filas de sus verdugos, buscando un refugio entre sus piernas, á las cuales se abrazaban fuertemente dirigiendo á ellos su rostro infantil en que se pintaba la inocencia y el espanto. Nada de esto causó impresion á aquellos exterminadores que los degollaron á sus pies.

» Ahogados en Nantes. Un gran número de mujeres, la mayor parte embarazadas y otras con niños de pecho en sus brazos, fueron llevadas á bordo de los buques... Las inocentes caricias, la sonrisa de estas tiernas víctimas destrozan el corazón de sus llorosas madres que responden vivamente á sus caricias pensando en que son las últimas. Una de ellas parió en la playa, y los verdugos apenas la dieron tiempo para dar á luz el hijo de sus entrañas. Las arrojan despues en la barca, las despojan enteramente de sus vestidos, y las atan las manos á la espalda. Los gritos mas agudos, las quejas mas amargas salen de los labios de aquellas desgraciadas madres contra sus verdugos: Touquet, Robin y Lamberty les responden á sablazos, y la tímida belleza bastante ocupada ya en cubrir su desnudez ante los monstruos que la ultrajan, mira temblando á su compañera desfigurada por la sangre, y que boqueando da el último suspiro á sus pies. Pero dase la señal, los criados destapan los barrenos y las ondas sepultan la barca para siempre.

» Tales son los objetos de vuestros himnos: millares de ejecuciones en ménos de tres años, en virtud de una ley que quitaba á los tres acusadores los testigos, á los defensores la apelación....

» Desconfiamos de este movimiento de amor propio que nos hace creer en la superioridad de nuestro espíritu, en la fortaleza de nuestra alma, porque contemplamos friamente las mas espantosas catástrofes: el verdugo maneja los cuerpos palpitantes sin commoverse nada absolutamente; esto prueba la firmeza de su carácter, la grandeza de su inteligencia. Admitir la fatalidad en la historia, equivale á librarse del trabajo de pensar, á evitar el fastidio de buscar las causas de los acontecimientos. Una grandeza mucho mas diferente hay en demostrar que la desviación de los principios de la moral y de la justicia acarrea las desgracias, y que estas desgracias engendran la libertad volviendo á la moral y á la justicia: si, en esto hay mas grandeza que en colocar la sociedad bajo la protección de espantosas máquinas que reducen á polvo los hombres y las cosas.

» Conserven, pues, los teóricos del Terror, si quieren, su helado fanatismo que le suministra dos ó tres frases inexplicables de necesidad, de movimiento, de fuerza progresiva, bajo las cuales ocultan su falta de pensamientos; yo no los leeré: antes volveré á leer á los dos historiadores á quienes con tan poco fruto tomaron por guía, y cuyo talento me hará olvidar á sus infinitos y salvajes imitadores.»

Por otra parte, un autor á quien debe mucho la liber-

tad, el último orador de esa generación constitucional que concluye ya, un hombre cuya reciente muerte debe aumentar su autoridad, Benjamin Constant, combate ántes que yo á estos dogmáticos del Terror. Es digno de leerse todo el artículo que publicó en la *Miscelánea de literatura y de política*, y del cual citaré solo estos párrafos: «El Terror no produjo ningún bien: á su lado existió lo que es indispensable á todo gobierno y que hubiera existido sin él, y que él corrompió y envenenó.

» Este sistema abominable no ha preparado como se cree neciamente al pueblo para recibir la libertad, sino á someterse á un yugo cualquiera; inclinó las cabezas, pero degradando los ánimos, envileciendo los corazones; ayudó á los amigos de la anarquía, y su recuerdo sirve ahora á los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la especie humana.

» Yo no hubiera traído á la memoria recuerdos tan dolorosos, sino hubiera creído que importaba mucho á la patria no ver confundido lo que es digno de admiración con lo que solo puede inspirar horror. Justificar al gobierno de 1793, presentar sus crímenes y delirios como una necesidad que pesa sobre los pueblos cuando quieren ser libres, es desacreditar una causa sagrada mas que la desacreditarian los ataques de sus mas mortales enemigos...»

(M) pág. 492.

NAPOLEON ORGANIZADOR.

El poder organizador de Napoleón fué analizado por el señor de Tocqueville en su discurso de recepción en la Academia francesa, con aquella elevación de principios que hace pensar y que abunda en aplicaciones.

« En este momento supremo aparece Napoleón; reúne solícito y estrecha en su mano todos los dispersos fragmentos del poder; establece una administración, una justicia; arregla bajo un mismo y único sistema la legislación civil y la política; en fin, saca de los escombros hacinados por la Revolución una sociedad nueva mas unida y mas fuerte que la antigua destruida, y la presenta de improviso á las miradas de la Francia que no se reconoce á sí misma. El mundo ante este espectáculo lanzó un grito de admiración, y no es extraño que creyese en cierto modo que era mas que un hombre el que ofrecía tales maravillas á los hombres. El hecho en verdad era extraordinario, pero no tan maravilloso como se figuraban los que eran testigos de él. Concurrieron, como para facilitar su cumplimiento, circunstancias singularísimas, pero tan ocultas al mismo tiempo que el principal esfuerzo del genio de Napoleón fué descubrirlas.

Muchas han sido ya indicadas y son muy conocidas. No hablaré, pues, de la completa destrucción de las leyes antiguas, que hizo parecer hacer necesarias y legítimas las nuevas; no hablaré del cansancio de los ánimos, fatigados de tan largas y tan crueles horrascas; de la pasión por las conquistas que había sustituido á la pasión de la libertad y que tarde ó temprano debía hacer venir á parar el cetro á manos de un soldado; ni de la necesidad que sentían todos aquellos que habían mejorado de condición con la Revolución, de procurarse una organización cualquiera que les permitiese poner en salvo y gozar los frutos de la victoria: todas estas eran causas accidentales y pasajeras; otras había mas profundas y permanentes.

El siglo XVIII y la Revolución, mientras introducían con tanta pompa en el mundo nuevos elementos de libertad, habían depositado secretamente algunos gérmenes peligrosos que podían ser el fundamento de un nuevo poder absoluto.

La nueva filosofía, sometiéndole todas las creencias al tribunal único de la razón individual, había hecho las inteligencias mas independientes, mas fijas, mas labo-

riosas, pero las había aislado. No debían tardar mucho los ciudadanos en conocer que desde entonces habría que hacer muchos y grandísimos esfuerzos para unirse en una comunidad de ideas, y que por último era de temer que el poder llegase á dominarlos á todos, no porque fuese suya la opinión, sino porque la opinión pública ya no existía.

No era de temer solo el aislamiento, sino la incertidumbre y la indiferencia de los ánimos: buscando cada uno la verdad á su modo, debían ir á parar muchos á la duda, y con la duda se une naturalmente el amor á los gozes materiales, tan funesto á la libertad y tan caro á los que quieren arrebatarla á los hombres; muchos que creían que todos eran igualmente aptos para buscar y descubrir por sí mismos la verdad, no debían tardar en combatir la desigualdad de condiciones. La Revolución había destruido de hecho todas las castas y clases que quedaban, había abolido los privilegios de todas clases, disuelto las asociaciones particulares, dividido la propiedad, difundido los conocimientos, y compuesto la nación de ciudadanos, tan iguales entre sí por sus riquezas y por su doctrina como no se había visto nunca en el mundo. Esta gran igualdad de intereses y de personas hacía que la sociedad no pudiese ser ya gobernada en ventaja de ciertos individuos, y nos garantizaba de este modo para siempre de la peor de las tiranías, de la tiranía de una clase; pero debía hacer al mismo tiempo nuestra libertad mucho mas difícil.

En los pueblos libres gobiernan las facciones ó mas bien el gobierno es una facción que tiene el poder. Allí, por lo tanto, el gobierno es tanto mas poderoso, permanente, previsor y fuerte cuanto mas unidas y compactas estén las facciones. Ahora bien, no se forman ni se mantienen semejantes facciones sino en los países en que hay una desigualdad y una oposición visible y bastante duradera entre los intereses de los ciudadanos para que los hombres se afilien y se afirmen en opiniones contrarias. Cuando los ciudadanos son casi iguales, es muy difícil unir á muchos en una misma política y conservar los unos: las necesidades del momento, el capricho, los mas pequeños intereses particulares, pueden crear á cada instante partidos efímeros, cuya caprichosa y estéril movilidad concluye por disgustar á los hombres de su propia independencia, y la libertad está amenazada de muerte, no porque una facción abuse tiránicamente del gobierno, sino porque ningún partido está en estado de gobernar. Destruída la antigua jerarquía social, los Franceses se hicieron mas ilustrados, mas independientes, mas difíciles de gobernar, con la violencia; pero por otra parte, entre ellos no existían ya vínculos naturales ni necesarios; cada uno había concebido una idea mas elevada y mas fuerte de la libertad; pero le era muy difícil unirse á otros para defenderla. Ya no estaba sujeto á nadie, pero tampoco podía hacer que nadie le cediese nada. El mismo movimiento social que había roto las cadenas, había aislado los intereses; y cualquiera podía hacerlo instrumento para violentarlos ó corromperlos separadamente.

Habiéndose puesto muy en circulación la riqueza á causa de la división de los patrimonios, todos pudieron tomar interés en la política y parte en sus discusiones, con lo cual se hizo difícil el establecimiento del poder absoluto; mas por otra parte ninguno podía dedicarse completamente á la cosa pública; porque siendo las haciendas pequeñas y muebles el cuidado de acrecentarlas y asegurarlas, debía ser el primero y mayor esfuerzo de los ánimos. Y aunque todos estuviesen dispuestos á ocuparse en los negocios del gobierno, y tuviesen hasta cierto punto tiempo para ello, ninguno podía considerar este como su único negocio. Por lo tanto, un poder único, sabio, prudente y fuerte debía confiar y sorprender con el tiempo la voluntad de una multitud inexperta y poco vigilante, alejarla poco á poco de las pasiones públicas para

aplicarla á los importantes cuidados de los negocios particulares.

Muchas opiniones nuevas y singulares que tenían el mismo origen, tendían á favorecer el buen éxito de esta empresa. Al mismo tiempo que se difundía en Francia la idea de que cada uno tenía derecho á participar del gobierno y á discutir sus actos, cada uno de nosotros se formaba tambien un concepto mas vasto y elevado de los derechos del gobierno.

No considerándose al poder de dirigir y administrar la nación como un privilegio propio de ciertos hombres y de ciertas familias, sino como el producto y el agente de las voluntades de todos, se admitía que no debía tener mas límites que los que se impusiese á sí mismo, era regulador y árbitro del Estado y de los individuos. Despues de destruidas las clases, las corporaciones y las castas, parecía el heredero natural y necesario de todos los poderes secundarios. Nada había tan grande que él no pudiese abrazar, nada tan pequeño que no pudiese sujetar. En el mismo dia nacieron las ideas de la centralización y de la soberanía del pueblo; eran hijas de la libertad, pero podían concluir en la servidumbre. Aquellos poderes ilimitados que se habían negado, y con razon, á los príncipes cuando eran representantes solo de sí mismos y de sus antecesores, podía concedérselos la nación cuando representaba la soberanía nacional; por lo cual pudo decir Napoleón sin ofender demasiado al sentido público, que tenía derecho para mandar lo que quisiera, porque hablaba solo en nombre del pueblo. Entonces principió entre nuestras ideas y nuestras costumbres esa lucha extraordinaria que dura todavía y que se hace en nuestros dias cada vez mas viva y obstinada. Mientras el ciudadano ensoberbecido con su saber, orgulloso con su emancipada razon, independientemente de sus semejantes, parecía aislarse cada vez mas, y no considerando nada mas que á sí mismo en el universo, trataba constantemente de hacer prevalecer su interés particular sobre el general, se veían aparecer y difundirse por todas partes una multitud de sectas diversas que se oponían al uso de muchos derechos reconocidos en el individuo aun ántes del origen de las sociedades. Unos querían destruir la propiedad; otros abolir las herencias ó romper los vínculos de la familia, y todos tendían á someter el uso de las facultades individuales á la dirección del poder social, y hacer de cada ciudadano ménos que un hombre.

No eran genios raros los que contrariando con esfuerzo la corriente de las ideas contemporáneas, llegaban á tan singulares innovaciones. Encontrábanse estas en el camino del público, de modo que los hombres mas vulgares y las inteligencias mas rudas tropezaban con ellas y las hacían suyas. De esta manera, ¡cosa extraña! mientras cada uno exagerándose á sí mismo su propio valor é independencia, tendía al individualismo, el espíritu público se dirigía continuamente de una manera general y abstracta á una especie de panteísmo político que quitando al individuo hasta la existencia, amenazaba confundirle por último completamente en la vida común del mundo social.

Quando apareció Napoleón, estas diversas tendencias, estas ideas contrarias que nos habían enseñado el siglo XVIII y la Revolución, formaban una masa confusa é impenetrable; pero su poderosa inteligencia no tardó en comprender la situación. Conoció que sus contemporáneos estaban mas predisuestos á la obediencia que lo que ellos mismos creían, y que no era una empresa absurda establecer un nuevo trono, una nueva dinastía.

Del siglo XVIII y de la Revolución habían salido como de una fuente común dos torrentes: el primero llevaba á los hombres á las instituciones libres, y el segundo al poder absoluto. Napoleón se resolvió pronto, varió el cauce del uno, y con su buena fortuna se embarcó en el otro. Á pesar de todas las cosas gran-

des que ha hecho, el Imperio no puede decirse que tenía en sí mismo las verdaderas causas de su grandeza; su esplendor le debe mas á las circunstancias que á sí mismo. La Revolución había puesto en pié al pueblo, él le hizo caminar; aquella había reunido nuevas é inmensas fuerzas, él las ordenó y puso en acción. Hizo prodigios, pero aquel era tiempo de prodigios. El que había fundado el imperio era ya por sí el objeto mas raro y extraordinario que hacía muchos siglos se había presentado en el mundo; un hombre tan grande como es posible serlo sin virtud.

La singularidad de su genio justificaba y legitimaba en cierto modo á los ojos de sus contemporáneos su extremada independencia; el héroe ocultaba al déspota y era permitido creer que él que le obedecía, inclinaba la cabeza mas bien á su poder que á él. Pero una vez que Napoleón hubiese cesado de iluminar y vivificar el mundo que había creado, no hubiera quedado de él mas que el despotismo; despotismo completo y desconocido hasta entonces á la nación ménos preparada á conservar su propia dignidad en la servidumbre. El emperador había llevado á cabo sin dificultad una empresa inaudita, reedificando todo el edificio social en un tiempo y bajo un plan único para establecer el poder absoluto. Los legisladores que habían formado las nacientes sociedades, no estaban bastante adelantados para concebir la idea de semejante obra, y los que habían llegado cuando las sociedades se desmoronaban, no habían podido realizarla á causa de los obstáculos insuperables que encontraron en los restos de las antiguas instituciones. Napoleón poseía la ilustración del siglo XVIII, y debía obrar sobre una nación privada de leyes, de usos y de costumbres, como si naciese entonces. Así, despues de haber promulgado con este espíritu las leyes destinadas á regularizar las muchas relaciones de los ciudadanos entre sí y con el Estado, pudo crear los poderes que debían ejecutar estas leyes, y coordinarlos de manera que todos juntos formasen una vasta y sencilla máquina de gobierno, cuyo único motor era él. En ningún pueblo había sucedido una cosa semejante.

En los países que carecían de instituciones libres, los particulares, gracias á la diversidad de las leyes y á la discordancia de los poderes, consiguieron siempre usurpar al gobierno parte de su independencia. Pero aquí la formidable unidad del sistema y la poderosa lógica que encadenaba todas sus partes, no dejaban refugio alguno á la libertad.

El espíritu humano no hubiera tardado mucho en conocer su decadencia bajo tan grave peso, y en breve todo lo que no era el poder hubiera dejado de existir, y cuando se hubiese visto á su vez reducido aquel inmenso poder á emplear el exceso de su propia fuerza solo en realizar miserables ideas y en satisfacer los vulgares deseos de un déspota ordinario, se hubiera conocido que la grandeza y el sorprendente poderío del Imperio no nacían de él mismo.

En las sociedades creyentes ó mal instruidas, el poder absoluto oprime frecuentemente los ánimos, pero no los degrada, porque es admitido como un hecho legítimo; sufren sus rigores, pero no los ven; soportan su peso, pero no le sienten. En nuestros dias es muy diferente. El siglo XVIII y la Revolución no nos habían preparado para sobrellevar el despotismo con honor y moralidad. Los hombres se habían hecho demasiado independientes y escépticos; habían perdido demasiado el respeto para tener una fe sincera en los derechos del poder absoluto. No hubieran visto en él mas que un auxilio deshonroso contra la anarquía de que no tenían el valor suficiente para defenderse por sí mismos, y un vergonzoso apoyo concedido á los vicios y á las debilidades de su tiempo, le hubiesen creído necesario é ilegítimo á un tiempo, y al someterse á sus leyes se habrían despreciado á sí mismos, del mismo modo que despreciaban al poder.

El gobierno absoluto hubiera tenido ademas una

influencia especial y maléfica para alimentar y desarrollar todos los malos instintos que podía encerrar en su seno la nueva sociedad; hubiera hecho de ellos un apoyo y los hubiera acrecentado sin medida. La propagación del saber y la división de la propiedad nos habian hecho independientes y nos habian aislado de todos los demas. Y para unir momentáneamente nuestros ánimos y aproximar poco á poco nuestras voluntades, no nos quedaba mas que un recurso, el interes de los negocios públicos. El poder absoluto nos hubiera arrebatado esta ocasion única de pensar y obrar de acuerdo, y habria concluido por encerrarnos en ese estrecho individualismo á que estamos demasiado inclinados.

Por otra parte, ¿quién puede decir lo que hubiera sucedido al espíritu humano si cuando cesó de pensar en la conquista del mundo, no se hubiese sustituido á este gran espectáculo el de la libertad, y si cada uno despues de tanto ruido y esplendor, encerrado en el silencio y en la mediania de su propia condicion, no hubiera tenido que pensar mas que en los medios seguros para fomentar sus asuntos particulares?

Yo creo firmemente que está en manos de nuestros contemporáneos el ser grandes y felices con tal que sean libres. Solo la libertad puede ocasionarnos esas poderosas emociones comunes que elevan y sostienen nuestras ánimos mas allá de nosotros mismos; ella sola puede presentar alguna variedad en medio de la uniformidad de nuestras condiciones y de la monotonía de nuestros costumbres; ella sola puede distraer nuestros ánimos de pequeños pensamientos, y elevarlos hasta el objeto de nuestros deseos.

Si la sociedad cree que demasiado graves ó demasiado peligrosos los trabajos de la libertad, resignese y contétese con ser mas rica que la precedente, pero ménos elevada. »

(N) pág. 494.

CONCORDATO ENTRE PÍO VII Y LA REPÚBLICA FRANCESA EN 1801.

Artículo 1º. La religion católica, apostólica, romana, será libremente profesada en Francia. Su culto será público, ateniéndose á los reglamentos de policia que el gobierno reputa necesarios para asegurar la tranquilidad.

Art. 2º. Se hará por la Santa Sede de acuerdo con el gobierno una nueva circunscripción de las diócesis francesas.

Art. 3º. Su Santidad manifestará á los titulares de los obispados franceses que se promete de ellos, con firme confianza por el bien de la paz y de la unidad, toda especie de sacrificios, y hasta la cesion de sus sillas. Si despues de esta exhortacion se negaran á este sacrificio, que el bien de la Iglesia exige (negativa que no espera Su Santidad), se proveerá por medio de nuevos nombramientos al gobierno de los obispados de la nueva circunscripción de la manera siguiente.

Art. 4º. El primer cónsul de la República en los tres primeros meses que sigan á la publicacion de la bula de Su Santidad, nombrará los arzobispos y obispos de la nueva circunscripción, y Su Santidad les conferirá la institucion canónica segun las fórmulas ya establecidas respecto de Francia ántes del cambio de gobierno.

Art. 5º. Los nombramientos para los obispados que vacaren en adelante, serán igualmente efectuados por el primer cónsul, y se dará la institucion canónica por la Santa Sede, conforme se establece en el artículo precedente.

Art. 6º. Los obispos, ántes de entrar en el ejercicio de su jurisdiccion, prestarán directamente en manos del primer cónsul el juramento de fidelidad que se

usaba ántes del cambio de gobierno, concebido en los términos siguientes:

Juro y prometo á Dios por los Santos Evangelios prestar obediencia y ser fiel al gobierno establecido por la constitucion de la República francesa. Prometo no entrar en inteligencias, ni consejos, ni ligas interiores ni exteriores en contra de la tranquilidad pública, y si supiere que en mi diócesis ó en otra se trama algun plan en daño del Estado, prometo tambien participarlo al gobierno.

Art. 7º. Los eclesiásticos de segundas órdenes prestarán el mismo juramento en manos de las autoridades civiles designadas al efecto por el gobierno.

Art. 8º. Se rezará al fin del oficio divino en todas las iglesias de Francia la siguiente forma de oracion: *Domine, salvum fac Rempublicam; Domine, salvos fac Consules.*

Art. 9º. Los obispos harán una nueva circunscripción de las parroquias de sus diócesis, la cual deberá ser sometida á la aprobacion del gobierno.

Art. 10º. Los obispos nombrarán los curas párrocos, debiendo recaer su eleccion en personas aceptas al gobierno.

Art. 11º. Los obispos podrán tener un cabildo en su catedral y un seminario en su diócesis, pero el gobierno no queda obligado á dotarlos.

Art. 12º. Todas las iglesias metropolitanas, catedrales, parroquiales y demas no vendidas y que fueren necesarias para el culto, serán puestas á disposicion de los obispos.

Art. 13º. Su Santidad por el bien de la Iglesia y por el feliz restablecimiento de la religion católica declara, que ni él ni sus sucesores turbarán de manera alguna á los compradores de bienes nacionales vendidos en la propiedad y goce de los mismos, y que por consecuencia dicha propiedad, sus rentas y derechos quedarán para siempre en manos de los referidos compradores ó de sus herederos.

Art. 14º. El gobierno asegurará una dotacion conveniente á los obispos y párrocos cuyas diócesis y parroquias estén comprendidas en la nueva circunscripción.

Art. 15º. El gobierno adoptará tambien las debidas providencias para que los Católicos franceses puedan, si quieren, instituir fundaciones á favor de las iglesias.

Art. 16º. Su Santidad reconoce en el primer cónsul los mismos derechos y prerogativas de que gozaba cerca de la Santa Sede el antiguo gobierno.

Art. 17º. Queda convenido entre las partes contratantes que en el caso de que alguno de los sucesores del actual primer cónsul no fuere Católico, se arreglarán por medio de un nuevo convenio los derechos y prerogativas mencionados en el anterior artículo y el nombramiento de los obispos.

(O) pág. 607

RECLAMACION CLANDESTINA DE LOS PIEMONTESES EN 1821.

Señor, vuestros cortesanos os han puesto una venda en los ojos; á la nacion corresponde quitársela. Oid.

El erario público está exhausto. Las contribuciones directas exceden á los productos territoriales; las indirectas son opresivas, intolerables; no nos queda ya ningun recurso para salir adelante. Las disposiciones que habéis dado son infructuosas; porque el dinero que sale de los sudores del pueblo está destinado para enriquecer á las mas altas y mas inútiles personas del Estado; porque los hombres á quienes está confiada la economía pública sacrifican los intereses de la patria al egoísmo personal. Con ánimo de reunir todo el poder en una sola mano, habéis hecho de un imbécil un economista, de un devoto un hombre de guerra, de un ignorante un magistrado, y de un estúpido un administrador. El tesoro no puede

(P) pág. 615.

DIVISION DEL IMPERIO TURCO.

En 1808 el señor Romanoff, enviado de Rusia cerca del emperador, presentó á Caulaincourt un proyecto de division del imperio turco, que adquiere mayor importancia á medida que este hecho se aproxima á su realizacion. Creemos, pues, oportuno trasladarle aquí:

« Puisque S. M. l'empereur des Français et roi d'Italie, etc., vient de juger que, pour arriver à la paix générale et affermir la tranquillité de l'Europe, il fallait affaiblir l'empire ottoman par le démembrement de ses provinces, l'empereur Alexandre, fidèle à ses engagements et à son amitié, est prêt à y concourir.

» La première pensée qui a dû se présenter à l'empereur de toutes les Russies, qui aime à se retracer le souvenir de Tilsit, lorsque cette ouverture lui a été faite, c'est que l'empereur, son allié, voulait porter tout de suite à exécution ce dont les deux monarques étaient convenus dans le traité d'alliance relativement aux Turcs, et qu'il y ajoutait la proposition d'une expédition dans l'Inde.

» L'on était convenu, à Tilsit, que la puissance ottomane devait être rejetée en Asie, ne conservant en Europe que la ville de Constantinople et la Romélie.

» L'on en avait alors tiré cette conséquence, que l'empereur des Français acquerirait l'Albanie, la Morée et l'île de Candie.

» L'on avait dès lors adjugé la Valachie, la Moldavie à la Russie, donnant à cet empire le Danube pour limite, ce qui comprend la Bessarabie, qui en effet est une lisière au bord de la mer, et que communément l'on considère comme faisant partie de la Moldavie; si l'on ajoute à cette part la Bulgarie, l'empereur est prêt à concourir à l'expédition de l'Inde dont il n'avait été question alors, pourvu que cette expédition se fasse comme l'empereur Napoléon vient de la tracer lui-même, à travers l'Asie-Mineure.

» L'empereur Alexandre applaudit à l'idée de faire intervenir dans l'expédition de l'Inde un corps de troupes autrichiennes; et, puisque l'empereur son allié paraît le désirer peu nombreux, il juge que ce concours trouverait une compensation suffisante si l'on adjugeait à l'Autriche la Croatie turque et la Bosnie, à moins que l'empereur des Français ne trouvât sa convenance à en retenir une partie. L'on peut outre cela offrir à l'Autriche un intérêt moins direct, mais très-considérable, en réglant ainsi qu'il suit le sort de la Servie, qui est sans contredit une des belles provinces de l'empire ottoman.

» Les Serviens sont un peuple belliqueux; et cette qualité qui commande toujours l'estime, doit inspirer le désir de bien arrêter leur destinée.

» Les Serviens, pleins du sentiment d'une juste vengeance contre les Turcs, ont secoué le joug de leurs oppresseurs avec hardiesse, et sont, dit-on, résolus de ne le reprendre jamais. Il paraît donc nécessaire, pour consolider la paix, de songer à les rendre indépendants des Turcs.

» La paix de Tilsit ne prononce rien à leur égard; leur propre vœu, exprimé vivement et plus d'une fois, les a portés à prier l'empereur Alexandre de les admettre au nombre de ses sujets; ce dévouement pour sa personne lui fait désirer qu'ils vivent heureux et satisfaits, sans vouloir étendre sur eux sa domination. Sa Majesté ne cherche pas des acquisitions qui pourraient entraver la paix; elle fait avec plaisir ce sacrifice, et tous ceux qui peuvent conduire à la rendre prompte et solide. Elle propose par conséquent d'ériger la Servie en royaume indépendant, de donner cette couronne à l'un des archiducs qui ne fût pas chef de quelque branche souveraine, et qui fût assez éloigné

soportar los gastos de un ejército tan numeroso que os hacen creer necesario los manejos del Austria; los empleos administrativos, confundidos y mal encadenados entre sí, no tienen unidad en las operaciones, careciendo ademas de inteligencia sus jefes. Señor, si en vez de acumular todos los poderes en una sola clase os hubiéseis aconsejado de toda la nacion, sus luces hubieran reparado estos males, y no tendríais ahora el remordimiento de haber conducido el Estado á su ruina.

La instruccion pública va desarrollándose, es verdad, pero no se debe esto al régimen universitario. Vuestro gobierno, que vive en las tinieblas, ha hecho siempre la guerra á la ilustracion que queria iluminarle. La instruccion primaria, abandonada á la ignorancia y á la impotencia de los Comunes, está limitada á los principios de una lengua inútil á la clase trabajadora: la educacion tiranizada por el jesuitismo; los estudios filosóficos envueltos aun en el mismo jesuitismo; los estudios de derecho desordenados por falta de legislacion; la universidad, dirigida por hombres ineptos ó estúpidos ó malignos, no se cuida de establecer un sistema de estudios acomodado á la índole de los tiempos, y está convertida en un tribunal de correccion y de disciplina. Nuestros hermanos italianos se rien de nosotros por el desprecio en que tenemos las letras; los talentos mas distinguidos van á buscar su sustento á otros países; los hombres mas ilustres viven mendigando en el destierro ó despreciados en el rincón mas vil del Estado: ¿y qué responderemos á los extranjeros que nos preguntan si un Carlos Botta es miembro de la Academia?

Una clase favorecida monopoliza los derechos y los privilegios, y hace pesar su mano de hierro sobre las clases industriales de la sociedad. Las provincias se quejan de las injusticias de los gobernadores, los cuales ineptos todos y sin idea alguna los mas mandan tiránicamente y gobiernan las ciudades como si fueran un país enemigo. Las administraciones cívicas ó comunales están desordenadas á causa de la indolencia, de la incapacidad, de la discordia de los jefes. La religion en manos de los Jesuitas no es ya el precepto evangélico predicado por los apóstoles de paz; es un instrumento de ambiciosas miras y de tenebrosos manejos.

¿Y qué diremos de nuestra legislacion? El extranjero que quisiese deducir de nuestras leyes el estado de nuestra civilizacion, se veria obligado á decir: Este es un pueblo de Bárbaros. La legislacion civil tiene por base la arbitrariedad, y la criminal el veredugo por apoyo. Un extraño énfame amontonamiento de leyes romanas, de estatutos locales, de instituciones patrias, de reales decretos, de sentencias senatoriales, de costumbres municipales, ha roto la balanza de la justicia y ha dejado la espada al despotismo de los tribunales. ¿De qué sirve que se construyan templos y teatros, si se descuida la base de toda sociedad civil, la legislacion?

El ejército no tiene fuerza moral ninguna, porque está compuesto de elementos contrarios entre sí, de cuerpos privilegiados, de brigadas diferentes por sus doctrinas, por su lengua, por sus derechos, mandadas por sus jefes nobles promovidos á estos grados, no por mérito sino por favor. Una parte de los militares está envilecida, porque ve cerrado el camino para los grados superiores, y todos están indignados por las intrigas de vuestro gobierno, que piensa vender su vida al gabinete de Austria. ¿Y qué son los hombres que os defendieron en Assieta, en Guastala y en Cosseria? Hoy son esclavos del maquiavelismo austriaco; tienen á su cabeza un emisario del Norte que bajo pretexto de reorganizar las milicias, busca en la tropa un apoyo para venderos á vos y á vuestra nacion al comun opresor. ¿Pero qué espera de los soldados piamonteses? Su nombre no se confundirá nunca con el nombre alemán. Han nacido y morirán siendo italianos.